

Editorial

# 25 años después

**H**a pasado ya un cuarto de siglo desde el 11 de septiembre de 1973; sin embargo, para mucha gente parece que todo ocurrió ayer, como lo ilustra el hecho de que la polémica sobre las causas y los efectos del golpe de Estado no tenga visos de agotarse y, asimismo, las propias dificultades para alcanzar la reconciliación nacional. El 11 nos divide, de eso no hay duda, y es un avance el que por lo menos deje de ser feriado a contar del próximo año.

Estamos hablando de un corte profundo en la historia de Chile en este siglo, a partir del cual ya nada fue como antes. En 1973 no sólo fue derrocado el gobierno izquierdista que encabezaba el Presidente Allende, sino que se vino estrepitosamente al suelo la tradición liberal que había moldeado nuestras instituciones y cuyo eje era la Constitución Política de 1925. Sabemos bien lo que representó ese derrumbe para nuestra convivencia y lo difícil que ha sido reconstituir los acuerdos básicos de la vida en democracia.

¿Hemos aprendido algo en estos 25 años?

Es de esperar que sí. Deseable sería que, en primer lugar, hubiéramos aprendido que el valor de la vida humana no puede ser relativizado bajo ninguna circunstancia, que las garantías individuales constituyen la base del Estado de Derecho, que ninguna buena causa puede fundarse en el secuestro de las libertades. Deseable sería también que hubiéramos aprendido a valorar la idea de que somos una nación y que, por tanto, en

su territorio tiene que haber lugar para todos, independientemente de las convicciones religiosas o ideológicas, de la adscripción política o la condición social.

Necesitamos que las nuevas generaciones aprendan de los errores cometidos por las generaciones anteriores. Eso significa que hagan suyos los valores del pluralismo, del diálogo, de la responsabilidad cívica, que en definitiva son la mejor forma de evitar que se repita una catástrofe como la del '73. Necesitamos que los jóvenes no cedan ante ninguna forma de fanatismo, que casi siempre son el prolegómeno de la agresión y el enfrentamiento. Necesitamos que no se dejen engañar por ninguna forma de demagogia.

En este día debemos inclinarnos con respeto ante el recuerdo de todos los compatriotas -civiles y militares- que cayeron el 11 y los días y años siguientes. En su memoria, debemos perseverar en los esfuerzos en favor del reencuentro nacional.

Tenemos que hacer cuanto esté de nuestra parte para que la vida política no se vuelva a contaminar con odios. Para ello, es indispensable que los líderes den ejemplo cotidiano de cordura y responsabilidad. Los sectarismos le hacen mal a la libertad.

Si hubiera que expresar hoy un deseo que en lo posible nos abarque a todos, sería sin duda éste: nunca más deben quebrarse los consensos de civilización entre nosotros, nunca más deben imponerse en Chile la intolerancia y la violencia.

FLORENCIO CEBALLOS BUSTOS

TRIBUNA

## Bernardo Leighton y la dignidad

Eran aproximadamente las 6:15 de la mañana del 11 de septiembre de 1973 cuando llegó a buscarme a mi casa mi amigo y compañero de trabajo en Odeplan, Esteban Soms. Aún no había escuchado las noticias en la radio y por él me enteré de que el golpe de Estado se estaba consumando. Soms era un leal y abnegado militante de la UP y su rostro se veía triste y no podía ocultar la indignación e impotencia. Me pidió que fuéramos a la oficina junto con una compañera de labores que lo acompañaba. Le dije que eso no tenía sentido y que me llevara a la casa de Leighton. Así lo hizo y le insistí en que no intentara llegar a Odeplan porque ya a esa hora transitar por las calles constituía un peligro imprevisible.

Alrededor de las 7:30 me dejó en la casa de don Bernardo. Me abrió la puerta de calle Anita de Leighton, que lloraba angustiada porque su marido insistía en salir a la calle y tomar su auto para ir a La Moneda, a acompañar a su amigo y Presidente constitucional de Chile, Salvador Allende. Don Bernardo estaba muy alterado por la indignación y la vergüenza de que las Fuerzas Armadas pudieran haberse metido en tal aventura. Intentaba salir a sacar su auto y forcejeaba conmigo mientras yo lo sujetaba para impedirlo y le balbuceaba razones que él ni siquiera escuchaba. Ella, con gran presencia de ánimo, pero muy acongojada ante la eventualidad de que él lograra salir, me decía como pidiéndome ayuda: "Florencio, yo sé que

Bernardo es valiente, pero si sale lo van a matar".

Yo tenía miedo, no sé si de que una patrulla militar nos disparase al reconocerlo o de que él me impulsara su coraje moral y no pudiera impedir su intento de ir al palacio presidencial. Incluso desde adentro de su casa de Martín de Zamora se escuchaban los chillidos histéricos, cargados de odio y resentimiento de una mujer que a medio vestir, desde la casa de enfrente y asomada casi de cuerpo entero por una ventana, le lanzaba insultos. Después me enteré de que era una vecina con la que habían tenido durante años muy buenas relaciones. En esos momentos afloró lo peor del alma chilena: resentimiento, cobardía, fanatismo y una inusual crueldad física y moral. Sería un buen ejercicio ético revisar la prensa de entonces: nos encontraríamos con muchas caras conocidas que hoy fungen de catones.

Mientras trataba de convencerlo de que en esas circunstancias su gesto de decencia y dignidad no encontraría interlocutores válidos, afortunadamente llegó Andrés Aylwin, a quien Leighton quería mucho.



Entonces, entre Aylwin y yo le impedimos por la fuerza que saliera de la casa. Sería largo narrar todo lo que sucedió en el curso del día en ese hogar siempre acogedor. Sólo quisiera recordar algunos hechos que muestran lo que Leighton era. Muchos amigos y camaradas llegaron a acompañarlo, porque temían por su vida. En definitiva, y muy en contra de su voluntad, Belisario Velasco, que siempre lo trató como a su padre, junto con otros camaradas lo llevaron a la casa de un amigo, ya al borde del toque de queda. Hay que recordar que en esos días la delación fue la entretención favorita del alma degradada que de pronto había brotado en el país.

Ya recuperada la tranquilidad, don Bernardo conversaba apesadumbrado, muy triste y conmovido con los amigos y camaradas demócratacristianos que lo acompañaban. Mientras escuchábamos por la radio las últimas palabras de Allende antes de rendir la vida, alguien, llevado por la justa indignación que nos había invadido a todos, hizo una observación crítica sobre Allende por no haber llamado al pueblo a apoyar en las calles al Presidente constitucional. Con afecto pero con dureza en el tono, don Bernardo le llamó la atención diciéndole: "A Salvador sólo lo sacarán muerto de La Moneda; él es un patriota y es valiente". Y agregó, en abierta contradicción con lo que hasta hace poco rato había sido su propia actitud: "Qué sentido tendría que él hiciera matar a su pueblo".

En medio del ruido ensordecedor de los aviones que se aprestaban a cumplir su poco heroica e innecesaria misión, todos comentaban lo que estaba sucediendo, yo diría más sorprendidos que nada ante el hecho tan insólito de que en Chile se estuviera dando un golpe de Estado. Don Bernardo, que tanto había hecho por evitar

un clima de odiosidad, sólo observó con pena y como si viera el futuro: "Esta aventura será muy larga y creo que no viviré para ver su fin. En esta clase de aventuras no todos los que participan son bandoleros, pero sin duda que todos los bandoleros participan". Los hechos posteriores confirmaron la dramática verdad de sus palabras.

Después de que Belisario se lo llevó, y ya al filo del toque de queda, permanecimos en la casa de don Bernardo, acompañando a su leal colaboradora (la querida Mati) y a su esposo, varias personas: su entrañable amigo José Piñera (padre), que vivía como a unas seis cuadras, Jorge Donoso Pacheco y Alberto Pando Galindo. Más tarde fui a dejar a don José Piñera a su casa para asegurarme de que llegara bien, y después partí a mi casa a ver a mi familia. Jorge y Alberto se quedaron en casa de don Bernardo hasta el día siguiente.

Ojalá el ejemplo de este hombre y el recuerdo de su memoria sirvan de modelo al Chile de hoy. En un momento y unas circunstancias tan críticas y trágicas en la vida del país, Leighton supo mostrar coraje moral y sentido de la gloria verdadera, valores que por lo demás hace mucho tiempo se han ido perdiendo en nuestra patria, en la que el poderoso aplasta al débil y la dignidad es reemplazada por la fanfarria de los mercados en que se transa el honor, el respeto a la gente y la integridad de la familia. En estos días es conveniente recordar a los hombres de honor.

Abogado DC.